

Consideraciones sobre la familia en Th. W. Adorno y M. Horkheimer: autoridad, individuo y totalidad social capitalista¹

Considerations on the Family in Th. W. Adorno and M. Horkheimer: Authority, the Individual and the Capitalist Social Totality

Cristina Catalina Gallego
Universidad Complutense de Madrid
c.catalina@ucm.es

Enviado: 10 octubre 2024 | **Aceptado:** 18 octubre 2024

Resumen

El artículo expone las consideraciones de Adorno y Horkheimer sobre la familia burguesa y su crisis en el capitalismo avanzado en relación con la existencia de tendencias autoritarias en las sociedades occidentales. La familia burguesa contenía una tensión dialéctica como instancia de mediación entre el individuo y la totalidad social: al mismo tiempo que facilitaba la interiorización de la dominación social, contenía elementos contrarios a la racionalidad instrumental que posibilitan la individualidad. Las condiciones del capitalismo avanzado quiebran las bases de esta tensión, basada en la combinación de la autoridad patriarcal con el amor materno, reforzando el proceso de debilitación del yo y el auge de disposiciones autoritarias.

Palabras clave: teoría crítica, autoridad y familia, familia y capitalismo, Adorno, Horkheimer

Abstract

The article examines Adorno and Horkheimer's analysis of the bourgeois family and its crisis within advanced capitalism, particularly in relation to the development of authoritarian tendencies in Western societies. The bourgeois family held a dialectical tension as a mediating institution between the individual and the social whole: while it facilitated the internalization of social domination, it also contained elements that resisted the instrumental rationality necessary for individuality. However, the social conditions of advanced capitalism disrupt this tension—based on the interplay of patriarchal authority and maternal love—further weakening the self and fostering the development of authoritarian dispositions.

Keywords: Critical theory, authority and family, family and capitalism, Adorno, Horkheimer.

¹ Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco de los siguientes proyectos de investigación: «La contemporaneidad clásica y su dislocación: de Weber a Foucault» (PID2020-113413RB-C31), dirigido por J. L. Villacañas y R. Castro; y «Constelaciones del autoritarismo: Memoria y actualidad de una amenaza a la democracia en una perspectiva filosófica e interdisciplinar» (PID2019-104617GB-I00), dirigido por J. A. Zamora y R. Mate.

Introducción

Este artículo aborda las consideraciones que Adorno y Horkheimer llevaron a cabo sobre la familia y sus transformaciones en el marco de la crisis del capitalismo liberal, situándolas en el marco más general de su teoría crítica de la sociedad capitalista. La familia burguesa se sitúa aquí como instancia de mediación entre el individuo y la totalidad social, en tanto que constituye un espacio fundamental para la constitución de disposiciones psíquico-sociales adaptadas a las formas de autoridad y dominación específicas de capitalismo. Si el mercado capitalista presupone la categoría del individuo –singularidad formalmente libre e igual, que se relaciona con otros a través de la mediación mercantil–, la familia burguesa ofrece un espacio para su conformación psíquico-social concreta como sujeto de interés que asume y obedece acríticamente los principios de intercambio, la competencia y el trabajo. El papel de la familia no consiste, por lo tanto, en la simple transmisión de falsos contenidos de conciencia –no se entiende como aparato ideológico–, pero tampoco en la mera reproducción material del individuo como fuerza de trabajo o capitalista. Lo que Adorno y Horkheimer muestran es que se ocupa también, y específicamente, de su reproducción psíquico-social, de la formación y consolidación de cierta estructura de carácter o de ciertos rasgos de la subjetividad. Concretamente, la familia burguesa habría constituido el espacio predilecto de aprendizaje práctico de la «indispensable capacidad para la conducta específicamente autoritaria, de la que en gran medida depende la existencia del orden burgués» (Horkheimer, «Autoridad y familia» 123-124). No obstante, su forma y contenido no son inalterables en el desarrollo del capitalismo. Los cambios que la relación entre individuo y totalidad experimenta con el ocaso del momento liberal del capitalismo –con la tendencia a la concentración de capital– quebrantan los fundamentos de la autoridad patriarcal de la familia burguesa, sus vínculos afectivos y, en consecuencia, de su papel en la conformación de ciertos rasgos psico-sociales subjetivos (137-138; Adorno y Horkheimer, «Familia» 142). La crisis de la familia burguesa en el capitalismo avanzado no supuso, sin embargo, la merma en la presencia de tendencias autoritarias en los sujetos. Estas aumentaron en la medida en que el poder social afectaba cada vez más a la subjetividad sin la mediación del espacio de la constitución de la individualidad que constituía la familia. El incremento de los rasgos autoritarios en el capitalismo avanzado no sería causa de la crisis de la familia burguesa, pero sí una expresión más del aumento de tendencias socializadoras que aniquilan al mismo tiempo la posibilidad de la individualidad, de la autoridad patriarcal y el amor maternal.

Es preciso, por lo tanto, tener en cuenta que el abordaje que Adorno y Horkheimer hacen de la crisis de la familia en su forma liberal-burguesa parte de la pregunta por la relación entre la forma específica de la autoridad familiar y la conformación de ciertas disposiciones autoritarias en el sujeto, de su capacidad para aceptar, afirmar y perpetuar relaciones de dominio (Sembler 134). En este sentido, la verdad de sus consideraciones sobre la familia tiene un núcleo temporal muy específico marcado por la existencia y

persistencia de tendencias autoritarias incluso dentro de las propias democracias liberales –y que impulsa algunas sus principales investigaciones a partir de los años 30 del xx–.² Estas no solo contrastaban con los principios ideales ilustrados, sino que además parecían confirmar en el ámbito de la subjetivación lo que ya Marx había advertido en el del mercado capitalista: el fracaso de las expectativas emancipadoras de la sociedad burguesa –la no-verdad de sus formas de libertad e igualdad–. La interiorización de las formas de dominación impersonal propias del mundo burgués, ya autoritarias en sí, contiene además un potencial más autoritario en las condiciones del capitalismo tardío. El «peligro autoritario» reside, en última instancia, en cómo la configuración de la totalidad social capitalista y sus formas de dominación afectan psíquico-física y socialmente al sujeto produciendo daños específicos. La dinámica social afecta al sujeto en tanto que individuo atomizado que ha de perseguir su interés, incluida su autoconservación, en un orden regido por los principios del intercambio y la competencia, pero también como algo más que eso: como un sujeto vivo con afectos, deseos y vínculos diferenciados de su conveniencia mercantil. No obstante, la racionalidad de la acumulación de capital no explica por sí misma la emergencia de disposiciones autoritarias en el sujeto. Se requiere para ello de la comprensión de las mediaciones, del análisis del modo en que sus determinaciones y formas sociales afectan la constitución psicosocial de los sujetos. En este sentido, Adorno y Horkheimer analizan la familia como una instancia de mediación fundamental en la sociedad burguesa debido a su específica forma de autoridad patriarcal –la dominación directa del padre en la nueva esfera de la intimidad– y de vínculo afectivo desinteresado –el amor materno y fraterno–, además de a su inmediata presencia desde la temprana infancia. Estos mismos rasgos otorgan a la familia burguesa un papel privilegiado en la conformación de disposiciones conformistas y autoritarias.

2 El primer trabajo de Horkheimer sobre la familia («Autoridad y familia») tuvo lugar precisamente en el marco del proyecto de investigación del Instituto de Investigación Social de Frankfurt –Institut für Sozialforschung–, sobre la relación entre autoritarismo en el capitalismo y la institución de la familia, que dio lugar al volumen colectivo *Estudios sobre autoridad y familia* en 1936. Esta investigación se suele interpretar como un antecedente del ulterior trabajo de investigación plasmado en el texto *La personalidad autoritaria* de 1950, en la medida en que este último se ocupa de una manera más detallada y sistemática del problema del autoritarismo en las sociedades capitalistas que se plasma en el extenso. Esta recepción del primer estudio ha supuesto, en muchos casos, un olvido de la centralidad que en él tenían los análisis de la familia, así como de sus contenidos específicos (Umrath, «Recovering the Gender» 85). En cualquier caso, los posteriores análisis que Adorno y Horkheimer realizaron sobre la familia siguen planteándose, en buena medida, en relación con la cuestión de la existencia de tendencias autoritarias en las sociedades capitalistas, véase: Adorno, «El problema de la familia», 1955; Horkheimer «Autoridad y familia en el presente», 1960 y «El futuro», 1966; Adorno y Horkheimer, «Familia», 1966.

El fracaso de la emancipación burguesa y las nuevas formas de autoridad en el capitalismo: dominación impersonal y antagonismo de clase

La sociedad burguesa pretendía haber liberado a los seres humanos de la autoridad infundada, específicamente de las formas de dominación personal directa propia del antiguo régimen. Si, contra el privilegio estamental, la modernidad ilustrada consideraba que los seres humanos nacían libres de sometimiento e iguales en tanto que detentadores de la capacidad para discernir la propia conveniencia, solo el mérito personal podía justificar las desigualdades y las jerarquías de mando y obediencia. En este sentido, la obediencia producida por libre consentimiento debía estar fundamentada en el juicio o discernimiento autónomo, en la razón subjetiva –que, en realidad, estaba distribuida tan solo entre varones y como facultad en potencia–. La sociedad burguesa contenía, por lo tanto, una promesa de liberación de la creencia y la autoridad infundadas, cuyo punto de partida fundacional y fundamental era la categoría de individuo, en tanto que sujeto dueño de sí, responsable de su conducta y fautor de su destino –idealmente autónomo, razonable, bueno y digno– (Horkheimer, «Autoridad y familia» 104-105). La nueva autoridad reclamaba entonces su legitimidad en la racionalidad subjetiva del individuo y ya no en una supuesta racionalidad objetiva fundamentada en una instancia trascendente. Únicamente se consideraba libre la obediencia si procedía de un dictado de la razón individual y con acuerdo al propio interés. De ahí la confianza emancipadora depositada en las instancias burguesas del mercado, el trabajo asalariado, o el gobierno representativo –basadas formalmente en el libre consenso– como garantes de la racionalidad y legitimidad de la autoridad y, de su reverso, de la libertad individual entendida como autonomía racional y moral del sujeto. Pero, como revelara en su momento la crítica de Marx, se trata de una confianza ciega, puesto que estas formas sociales, aunque contienen un momento de libertad porque prescinden de la coacción personal directa, se sostienen en realidad sobre la heteronomía y el antagonismo social.

Incluso en su momento de verdad como sujeto de interés en el mercado, la categoría burguesa de individuo es falsa en su pretensión de universalidad, pues coincide solo con el varón blanco propietario. Si la exclusión de las mujeres de dicha categoría fue justificada por su supuesta naturaleza, la de los no propietarios –proletariado, campesinado, poblaciones indígenas en las colonias, etc.– se legitimó por la falta de desarrollo de la razón. Pero, además, Adorno y Horkheimer, siguiendo a Marx, consideran que la categoría de individuo tiene un carácter ideológico porque la supuesta autonomía e igualdad del sujeto en el mercado se ve negada por las formas de heteronomía, dependencia y antagonismo que implica la racionalidad del capital sobre las que se sostienen. Dicha racionalidad no solo ordena la dinámica del mercado y condiciona las formas sociales hegemónicas y, de manera medida, el comportamiento subjetivo, sino que además presupone la existencia de clases sociales con intereses contrapuestos. El momento de verdad del individuo burgués, expresado en la autonomía del sujeto de interés en el mercado,

se ve así negado por su dependencia de la racionalidad mercantil y del dominio de los otros (Horkheimer, «Autoridad y familia» 108). Adorno y Horkheimer siguen aquí la crítica de Marx a la sociedad burguesa y a sus falsas promesas de emancipación. El capital constituye una racionalidad social objetiva que se despliega a través de formas de dominación abstractas, impersonales e inmediatas, como es la coacción impersonal al trabajo asalariado. De estas surgen, además, nuevas modalidades de coerción directa en instituciones públicas y privadas. Las formas sociales capitalistas no son fruto de una decisión consciente, libre y razonada. Los seres humanos la producen y reproducen de manera involuntaria y dicha racionalidad contiene en sí misma el principio de su propio movimiento. En este sentido, la lógica del capital da lugar a nuevas formas de autoridad infundada que se imponen al individuo en la persecución de su interés privado en el mercado, puesto que para lograrlo ha de adaptarse a sus determinaciones y formas sociales. Y ha de hacerlo en tanto que individuo, es decir, en tanto que singularidad aislada formalmente de otras, puesto que es la categoría de «integración social» que presupone la forma mercado capitalista, en consecuencia, intrínsecamente asocial. La «autoridad» capitalista se presenta siempre de manera «enmascarada e indirecta, mediada», pese a su crueldad y objetividad social (Horkheimer, «Autoridad y familia» 113).

En este sentido, incluso la categoría de individuo burgués contiene un momento de no libertad, porque obedece a una racionalidad objetiva en la persecución de su interés privado. Pero, también, porque ejerce dominio sobre otros. Si el interés privado que el individuo persigue en el mercado está determinado por la clase social –cuando se trata de la busca del salario o beneficio empresarial– es porque la racionalidad del capital presupone a su vez un antagonismo social estructural y, con ello, una forma de heteronomía específica del proletariado. El proletariado, en tanto que desposeído de medios de vida propios, depende para su subsistencia del salario, que consigue mediante la venta al capital de su sola posesión: su capacidad para trabajar. Ello significa que el capital posee de manera privativa el medio de vida del proletariado. Lo que aboca a este último a someterse a una relación contractual, a poner su trabajo a disposición de una voluntad ajena, en la que los intereses de ambas partes son contrarios. Así, la dominación abstracta del capital se expresa en particular para el proletariado en una forma de coacción muda que le conduce a otras formas de coacción directa en el desempeño laboral (Catalina, «Trabajo, desposesión» 56-57). Su condición de desposesión revela así que el trabajo asalariado no es libre y que la relación laboral es otra forma de autoridad infundada. En ese sentido, se puede decir que en la libertad de la burguesía «está supuesta la renuncia a la libertad»: a la suya, pero también la del proletariado y a la de la sociedad en su conjunto (Horkheimer, «Autoridad y familia» 108). Con ello se constata que las estructuras de autoridad y dominación no desaparecen con la sociedad burguesa, sino que adoptan nuevas formas (Umrath, «Recovering the Gender» 93).

Ni siquiera la clase burguesa es «libre» tal y como ideológicamente se concibe a sí misma, puesto que se somete a la racionalidad social objetiva como si fuera un hecho natural. El «hecho económico» es su nueva creencia y autoridad infundada. El individuo

burgués, aunque se sienta autónomo, «reconoce como inalterables los hechos socialmente condicionados y persigue sus propios intereses sobre la base de la realidad dada» (Horkheimer, «Autoridad y familia» 117). La razón del sujeto burgués no se despliega para comprender críticamente la racionalidad del capital como dominio, sino para tratar de captar las dinámicas de sus determinaciones concretas en el mercado, como si fueran fenómenos naturales, en la medida en que sean útiles para la consecución del propio interés. No obstante, pese a este esfuerzo, la racionalidad objetiva que rige la sociedad y que aparece naturalizada en las formas que adopta tiene un comportamiento irracional y azaroso desde el punto de vista del sujeto que participa en fenómenos del mercado. Si el éxito del individuo burgués en la consecución del beneficio está condicionado por su capacidad para «comportarse con acierto o no» de acuerdo con la lógica de los hechos económicos, la razón subjetiva se reduce tendencialmente a mera «racionalidad instrumental» o astucia (Horkheimer, «Autoridad y familia» 108 y 115; Adorno y Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* 52-53 y 88-89; Umrath «Recovering the Gender 94»; y Benjamin 44). Para el sujeto burgués no se trata, por tanto, de criticar y abolir el «ciego mecanismo económico» por su sin razón, injusticia o falta de libertad, sino de ser capaz de entender algunas de sus dinámicas para posicionarse de la mejor manera ante él. La razón se desempeña entonces tratando de calcular y prever las condiciones de producción y circulación que, aunque tienen una racionalidad objetiva, no se presentan de manera transparente a los individuos.

Partiendo de esta condición ontológico-epistémica de los «hechos» económicos del capital en general, Horkheimer («Autoridad y familia» 113) y Adorno («Familia» 136) consideran que las condiciones sociales del capitalismo de competencia permitían cierta inteligibilidad de las causas externas del fracaso y cierta previsión de las condiciones de producción y mercado, a diferencia de lo que ocurrirá en el capitalismo avanzado. El cálculo de las dinámicas económicas podía tener resultados más predecibles y, por lo tanto, el esfuerzo tenía más probabilidades de encontrar recompensa, en comparación con lo que ocurrirá posteriormente. De este modo, el individuo burgués podía reconocer algunas de las causas individuales de su fracaso y responder ante ellas de cara al futuro. Según Horkheimer, al menos en el periodo ascendente del régimen burgués, había cierta racionalidad en la «distribución de la dicha y el prestigio» entre la burguesía («Autoridad y familia» 119).

Familia patriarcal, capitalismo liberal e individuo: el aprendizaje de la autoridad burguesa

Si bien las expectativas de emancipación modernas se asociaban a la categoría del individuo, en realidad, señala Horkheimer («Autoridad y familia en el presente» 81), «el nacimiento de la civilización moderna no liberó realmente al individuo particular, sino a la familia burguesa, razón por la que aquélla llevó dentro de sí, desde el primer

momento, una profunda contradicción». La familia burguesa contiene formas de autoridad y vínculo personal que chocan respectivamente con el ideal ilustrado de legitimidad de la obediencia basada en la razón subjetiva y con la racionalidad objetiva del capital. En la familia, el «hombre, liberado de la servidumbre en casas ajenas, se convirtió en amo de la propia» (82). Y, en ella, la figura materna custodió, mediante una renuncia forzada a ser sujeto de interés, vínculos desinteresados de afecto y cuidado.

Según Adorno y Horkheimer («Familia» 136-137), desde los inicios de la sociedad burguesa la familia estuvo atravesada por un antagonismo, debido a que esta constituía una parte fundamental del ordenamiento social determinado por el principio del intercambio y el dominio de la racionalidad instrumental, mientras que, al mismo tiempo, contenía en su seno elementos que no se organizaban de acuerdo con el principio individualista del libre consenso, ni según las determinaciones de la racionalidad objetiva del capital. Estos elementos son fundamentalmente la dominación directa, personal e inmediata del padre sobre el resto de los miembros –esposa e hijos– y el amor incondicional materno. En ese sentido, la familia pareciera contener elementos feudales y naturales, pero ni la autoridad patriarcal burguesa es una reminiscencia del pasado ni el afecto maternal sacrificial es una esencia femenina (136-137).³ El aparente anacronismo y naturalismo de la familia burguesa es más bien resultado de su asincronía con los principios del intercambio y la competencia, y de su sincronía con la totalidad social capitalista, a cuya racionalidad se pliega la conformación de la femineidad y la masculinidad, así como el dominio patriarcal. La familia se sitúa así entre «dos fuegos, el del progreso de la cultura, por un lado, y por el otro las tendencias irracionales que pone en movimiento» (132). Precisamente, en la persistencia contradictoria de elementos irracionales en la sociedad racional, como la autoridad patriarcal y el amor maternal, residen tanto la significación social de la familia burguesa como sus dificultades internas en el desarrollo del capitalismo, las que explicarán su crisis (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 82).

Para la teoría crítica, la familia burguesa funcionaba como un lugar de protección material y seguridad afectiva, gracias respectivamente a las figuras paterna y materna, vinculadas cada una con un elemento «irracional» desde el punto de vista de la lógica burguesa. La autoridad patriarcal y el vínculo maternal permitían a la familia amparar e incitar los procesos de interiorización del deber moral y de formación de la individualidad. En este sentido, la institución familiar funcionaba como espacio de constitución del individuo tanto en su momento de verdad –como

3 Precisamente, la familia produce una ideología específica de sus elementos «irracionales», que presenta como naturales. Por una parte, apela al principio de sangre del parentesco natural imitando a la aristocracia feudal y justificando así la figura del padre como señor de la casa, sostenida sobre relaciones de dominio y dependencia. El *pater familias* burgués tenía así un elemento de *bourgeois gentilhomme* (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 81; Adorno y Horkheimer, «Familia» 139). Por otra parte, también desarrolló una ideología del amor materno encubriendo con ello la opresión que convierte a la mujer en sierva doméstica y la renuncia sacrificial que sostiene su dedicación desinteresada a todos los miembros (Adorno, *Minima moralia* 99-100; Adorno y Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* 152-157)

sujeto autónomo y de interés privado– como en el de su falsedad –como sujeto con disposiciones conformistas y autoritarias–.

Uno de estos elementos «irracionales» proviene de su estructura de autoridad patriarcal basada en la dominación y la dependencia directa y personal. La obediencia al padre se sostenía, según la teoría crítica, en dos elementos: su mayor fuerza física –o, se podría añadir su disposición a ejercerla– y su papel de proveedor de dinero (Horkheimer, «Autoridad y familia» 130). Lo que funda, por lo tanto, la figura del padre como señor de la casa era tanto el temor que infunde como la dependencia que el resto de los miembros tenían de él para la subsistencia –amparada, en el caso de la esposa, en su exclusión de la condición de sujeto económico, jurídico y político–. En este sentido paradójico, la figura paterna era tan temida como querida. Que el padre sea obedecido, y reconocido como amo en la familia, se explicaría por su capacidad social para poseer o ganar dinero, además de por su fortaleza física. En la medida en que posee dinero o propiedades, los hijos y la esposa pasan a ser también sus posesiones (130), tal y como Marx ya había señalado (Brown), siguiendo el principio de la servidumbre que idealmente el llamado trabajo libre, asalariado, habría tratado de abolir. El poder *de facto* del padre lo convierte en amo *de jure*. El señorío del *pater familias* en la familia se basa así en una relación de dependencia inducida, en el caso de la esposa, mediante su confinamiento doméstico y la privación de su capacidad para actuar jurídicamente como sujeto.

En la medida en que el *pater familias* podía garantizar su papel del proveedor económico, la familia funcionaba como garante de la seguridad material de sus miembros, precisamente en una sociedad como la capitalista en la que el sujeto se sitúa constantemente ante la amenaza de la competencia (Adorno y Horkheimer, «Familia» 137). Por ello, el papel de la familia como espacio de protección económica era casi privativo de la clase burguesa. De hecho, hasta el siglo XIX la familia siguió constituyendo para muchos miembros de la burguesía una unidad económica por la presencia de numerosas pequeñas empresas familiares y, en ocasiones, la persistencia de talleres artesanos organizados todavía mediante el *putting out system*–. Antes de la generalización de la concentración de capital en grandes consorcios de la gran industria, mujeres, parientes e hijos participaban en las empresas familiares, y no solo en el trabajo doméstico (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 82; Zaretsky 26). Pero no se trata solo de que los hijos fueran necesarios para el funcionamiento del negocio familiar, sino de que este constituía su garantía futura de subsistencia, especialmente mediante la herencia. La autoridad patriarcal se basa, por lo tanto, en una relación de dependencia personal directa, en la que se obedece a cambio de protección, como en la época feudal, pero con las determinaciones de la modernidad capitalista y, como se verá más adelante, con el efecto de la interiorización de la disciplina paterna por parte del hijo.

Adorno y Horkheimer consideran, así, que no existe la familia burguesa en sentido estricto, pues en ella «el pretendido principio racional del individualismo llega a contradecirse consigo mismo; se trata de una contradicción necesaria entre los elementos irra-

cionales que conserva y el principio totalitario de racionalidad en cuyo dominio aquéllos se encuentran» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 139; Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 81). La autoridad patriarcal supone la existencia, dentro de la sociedad liberal burguesa, de una forma de dominio directo basado en la fuerza física y económica del padre sobre esposa e hijos. Si la sociedad civil prometía amparar la libertad individual mediante la forma mercantil del contrato y la política del gobierno representativo, en el ámbito íntimo de la familia el varón burgués podía ejercer todavía un dominio personal –como de otro modo lo hacía con los portadores de la fuerza de trabajo en el espacio de trabajo–. «Cuando se consumó la separación entre el Estado y la sociedad, entre la vida política y la vida social, la dependencia personal en el hogar burgués siguió subsistiendo» (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 82). Se hace evidente aquí el elemento seudofeudal de la autoridad patriarcal burguesa. La autoridad del padre se sostiene en el privilegio social del varón para procurar económicamente a cambio de obediencia, fidelidad y trabajo servil doméstico (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 85; Adorno y Horkheimer, «Familia» 139-140). De modo que en «la irracionalidad de la familia se reflejaba así la de una sociedad en la que aparentemente todo acontece según la razón, y en la cual dominaba todavía la irracionalidad de las relaciones ciegas, sustraídas a la libertad de la razón (Adorno y Horkheimer, «Familia» 139).

Al tiempo que el varón se convertía en «sujeto» de interés en el mercado –personificando una función económica del capital– y, como proveedor de dinero, en señor de la casa en la familia burguesa, la mujer quedaba reducida a sirvienta doméstica y objeto sexual en el hogar (Horkheimer, «Autoridad y familia» 137). Esta división de roles en la sociedad burguesa estaba articulada de una manera jerárquica que situaba la masculinidad por encima de la feminidad y las actividades de cuidado y crianza asociadas a ella (Benjamin 36.), Precisamente este rol femenino como madre y esposa habría constituido el otro elemento «irracional» de la familia en la sociedad burguesa liberal y habría sostenido la otra dimensión protectora de la familia burguesa –la seguridad afectiva–. En una sociedad donde dominan el cálculo interesado y el dominio en casi todas las relaciones, el cuidado y amor familiar aparecen como un elemento irracional. La racionalidad del cuidado y afecto incondicional se contraponen al principio individualista de la búsqueda del interés privado y a su racionalidad instrumental, así como a la lógica del capital que convierte la satisfacción de necesidades y deseos humanos en un medio para su fin. En este sentido, la familia burguesa constituía un cierto espacio de protección y pertenencia, pese y frente a los procesos de individualización modernos.⁴ En la sociedad burguesa el individuo estaba todavía

4 «Ante todo en la familia obrera, y no por azar, se reveló que algo no funciona en la sociedad del intercambio libre y justo, cuando, luego de la revolución industrial, los hijos de estas familias fueron lanzados al proceso productivo como esclavos del trabajo. Entonces la sociedad burguesa sólo podía perpetuarse reforzando la coerción del principio del intercambio con formas no mediadas de dependencia directa, y la familia fue su instrumento de acción, inclusive en el sentido de que la autocracia paterna obró de la manera deseada, tanto más eficazmente cuanto más sometido se hallaba el padre mismo a presiones económicas» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 139).

integrado en algunas instituciones que organizaban y daban sentido a su vida, acción y representación, antes de convertirse en el capitalismo avanzado en mero átomo social socializado casi únicamente por las dinámicas heterónomas del mundo administrado (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 86).

No obstante, los elementos «irracionales» de la familia no han de comprenderse como cualidades esenciales o reminiscencias históricas. Adorno y Horkheimer («Autoridad y familia» 138) reconocen que el amor incondicional, el afecto espontáneo y la compasión no emanan de cualidades esenciales a las mujeres o a la familia. Surgen de hecho, aunque la teoría crítica no incidiera en ello, de la exclusión jurídico-política de las mujeres en la sociedad burguesa, de su confinamiento al espacio doméstico, de su consecuente dependencia económica y, finalmente, de una forma de dominio de la naturaleza interna propiamente femenina para conformarse como sujeto que sacrifica su deseo por la atención abnegada a otros. El problema que Adorno y Horkheimer señalan es que, lamentablemente, en la sociedad burguesa la lógica del amor y el cuidado desinteresado podía encontrarse con dificultad en otros espacios. Por otro lado, la familia moderna tiene unas determinaciones sociales propias incompatibles con las feudales, por lo que no puede entenderse como una reminiscencia del pasado.⁵ La familia se constituye como una esfera íntima diferenciada por su forma y contenido de la esfera privada del mercado –asociada a la categoría de sujeto de interés– y de la pública del Estado –asociada a la categoría de ciudadano–. Esta nueva esfera de la intimidad no solo es sociohistórica –y, por tanto, no natural–, sino que además es indisociable del principio del intercambio, la competencia y el trabajo asalariado, que triunfan en el desarrollo de la sociedad burguesa (Adorno y Horkheimer, «Familia» 137).⁶

Específicamente, la familia facilita el proceso de interiorización del deber y la disciplina en el vínculo con la autoridad patriarcal y la conformación de la individualidad en relación con la seguridad del amor maternal. Esto es, la esfera íntima de la familia, formalmente diferenciada del mercado y la política, habría ofrecido un espacio privilegiado para la singularización del yo, en tanto que proporciona cierta seguridad personal ante las tendencias aniquiladoras de la dinámica social. Pero también habría sido el espacio predilecto de la asimilación de rasgos autoritarios de carácter. En este sentido, en la formación de disposiciones psicosociales la familia burguesa generaba una tensión en el sujeto entre el desarrollo de la individualidad –autonomía– y la disposición a aceptar las normas y jerarquías sociales, tales como la disciplina laboral o la competencia mercantil. Por ello, tanto la esfera de la intimidad moderna como la individualidad que contribuye a conformar están vinculadas de manera dialéctica y mediada con las determinaciones del principio de intercambio mercantil.

5 En la idea de que el patriarcado moderno no se explica como mera reminiscencia de formas históricas precedentes, la teoría crítica confluye con algunas corrientes del feminismo marxista (Catalina, «Lo abyecto»).

6 Sobre la confirmación de la esfera íntima en el capitalismo, puede verse Zaretsky, en Referencias.

Es la familia la instancia que crea individuos en la sociedad burguesa, mediante la interiorización del *ethos* del trabajo y la identificación de la autoridad, trasladando las demandas sociales al interior de los individuos y contribuyendo, de este modo, a la conformación de la esfera de la intimidad (Adorno, «El problema de la familia» 306). Y lo hace en sus sentidos positivo y negativo, pues provee las condiciones para la formación tanto del individuo como sujeto autónomo, responsable y digno –con conciencia moral, capacidad de disciplina y coherencia– como en tanto que sujeto de interés que se adapta acrítica e instrumentalmente a las condiciones sociales y económicas –acrítico, conformista, obediente, egocéntrico, indiferente, competitivo, individualista, instrumental, etcétera–. Y lo hace mediante la combinación del principio de placer y el principio de realidad, asociados respectivamente a los roles del padre y la madre. Si la autoridad patriarcal propiciaba la interiorización del deber y el reconocimiento de la autoridad, la figura materna facilitaba el desarrollo de la singularidad, la imaginación utópica y la capacidad de amar (Adorno y Horkheimer, «Familia» 136-138). En combinación favorecían la formación de la conciencia y responsabilidad moral.

Según Adorno y Horkheimer («Familia» 138-139), la autoridad patriarcal en la familia habría de servir a los hijos como un aprendizaje de las «relaciones de autoridad burguesa» tanto desde el punto de vista del ejercicio como del sometimiento.⁷ La experiencia de la autoridad patriarcal constituía en sí un enteramiento para el respeto y sometimiento a la lógica del mercado y a la disciplina laboral, ya fuera obrera o empresarial. La clave de ello la constituye el reconocimiento del padre como figura de poder y la interiorización del deber como promesa de éxito futuro. La fortaleza económica y física del padre, que fundaba su dominio directo y dotaba a su autoridad de un carácter irracional, podía ser, sin embargo, racionalizada, porque lo era de facto. La superioridad del padre era fáctica por su posición en las relaciones socioeconómicas. Sobre este momento de verdad se construyó la ideología del varón ganapán como sujeto moral, disciplinado, entregado al deber, laborioso y responsable. Su superioridad fáctica aparece como si fuera causa de sí mismo, de su virtud. Aunque el comportamiento fruto de la obediencia al padre se sostenía en la dependencia y el miedo a, y no –como exige la ideología ilustrada– en el convencimiento de su conveniencia, no obstante, la obediencia tenía un momento de verdad, pues obedecía al reconocimiento de su superioridad. Esta condición social era entendida, sin embargo, como fruto del esfuerzo metódico, la dedicación afanosa y, en el caso de la burguesía, del acierto de la previsión del padre, puesto que, en las condiciones del capitalismo de competencia, la disciplina burguesa podría proporcionar cierta

7 Ya que Horkheimer y Adorno analizan especialmente la figura masculina del hijo en sus análisis sobre la familia, des- cuidando las modalidades propias de subjetivación femenina de las hijas, se ha decidido referirnos a la descendencia como hijos o niños en masculino, y no usar el lenguaje inclusivo. Con ello se visibiliza tanto el androcentrismo del enfoque como la ambivalencia en algunos pasajes en los que no es claro si se refieren solo a los hijos o también a las hijas. Aunque en algunos casos podría entenderse el uso del masculino como genérico, en la mayoría es porque sus análisis se refieren específicamente a la conformación de la subjetividad masculina.

garantía de éxito. Por ello, el poder y éxito del padre se entendían de este modo como consecuencias de su virtud (Adorno y Horkheimer, «Familia» 138; Horkheimer, «Autoridad y familia »125-130).

En este sentido, solo «la familia patriarcal podía hacer surgir en los individuos la identificación del sujeto con la autoridad, idealizada como ética del trabajo, que reemplazó funcionalmente a la potestad inmediata sobre los siervos de la precedente época feudal» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 137). El sujeto no solo vende su fuerza de trabajo por necesidad para la autoconservación por efecto de su desposesión, sino que además lo hace disciplinadamente cuando identifica poder y virtud, éxito y mérito. La experiencia de la autoridad patriarcal de la familia enseña y entrena, de este modo, la identificación de la autoridad con el poder y de la virtud con la obediencia, más allá de su contenido (Marasco, «There's a Fascist» 799). En este sentido propicia la formación de disposiciones autoritarias.

La autoridad patriarcal expresa, y así enseña mediante la experiencia, el fundamento de la autoridad burguesa: quien «considere sensatamente el mundo comprenderá que el individuo debe someterse y subordinarse» (Horkheimer, «Autoridad y familia» 125). Quien aspire a ser algo deberá adecuarse y subordinarse. El niño aprende, en primer lugar, a naturalizar la existencia de jerarquías y, en segundo lugar, a justificar la desigualdad mediante la ideología del rendimiento y el mérito (130), lo que facilita la interiorización del deber y las exigencias familiares. El padre es obedecido porque detenta el dinero del que depende la autoconservación, lleva razón porque representa el poder y tiene éxito porque es virtuoso. Horkheimer (124) advierte que, ya desde los inicios del capitalismo, en los tiempos de la reforma y el absolutismo, antes del mundo liberal, el dominio de sí se naturaliza y moraliza como medio para el cumplimiento del deber, que se traduce efectivamente en disciplina laboral. La autoridad patriarcal fue fundamental para quebrar la obstinación del niño y el desarrollo libre de capacidades e impulsos, sustituidos por la coacción interna al cumplimiento incondicionado del deber (124). De esta manera, la esfera íntima brinda tempranamente a los niños lecciones fundamentales de una «educación para la ciudadanía» mediante la racionalización del «elemento irracional de la fuerza, cuyo poder no podía prescindir de la razón» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 139). De este modo, la autoridad patriarcal presenta a los hijos el dominio de sí como medio no solo de autoconservación, sino que de empoderamiento y dominio de los otros. Estos contemplan a Odiseo en su pasaje ante las sirenas y lo mimetizan (Adorno y Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* 97-128). La interiorización de la autoridad irracional de la familia constituye al sujeto como sujeto disciplinado no solo para ser despiadado consigo mismo, sino también con los otros. «Solo en la era moderna la familia traslada la exigencia impuesta por la sociedad a la interioridad de sus pupilos, convirtiéndola en cosa querida y propia de ellos, e «interiorizando» así a los individuos» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 137). El padre se convierte así en una autoridad interiorizada porque representa y es el principio de realidad (Stoegner 141).

En la familia burguesa la figura paterna ofrecía condiciones para aprender a reconocer, respetar y amar a la autoridad, por el mero hecho de ser poderosa, pero también para el desarrollo de la conciencia y la instancia moral –la interiorización del deber– (Adorno y Horkheimer, «Familia» 137-138). «La subordinación al imperativo categórico del deber ha sido, desde el comienzo, un fin consciente de la familia burguesa» (Horkheimer, «Autoridad y familia» 124). Las expectativas morales del padre –obediencia, disciplina y responsabilidad ante su posible fracaso– son interiorizadas por el niño no solo porque depende de él materialmente, sino también porque reconoce que de ello depende su capacidad futura para garantizarse su propia subsistencia y ser señor de su propia casa (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 88). Ello sirve para forjar la entrega a satisfacer las exigencias externas de productividad y competitividad. En la sociedad burguesa, «quien quiere llegar a algo o simplemente no perecer debe aprender a satisfacer a los otros», ha de «reconocer que debe adecuarse, subordinarse» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 137). El niño aprende de este modo a considerar «el mundo con la mente sobria y sin distraerse con cosas extrañas».⁸

La racionalidad instrumental se desarrolla así al servicio de la astucia, como medio para calcular racionalmente los medios según los fines privados. Esta se desarrolla, en el seno de la familia burguesa, como segunda naturaleza del individuo en la medida en que aprende a considerar el mundo tal y como es (Adorno y Horkheimer, «Familia» 137). Pero, paradójicamente, el ideal burgués de la razón como fundamento de la libertad introduce una tensión en la constitución del sujeto, puesto que la familia no solo sirve como aprendizaje de la racionalidad instrumental, sino también de la capacidad crítica y la imaginación utópica. La familia burguesa pretendía una formación amplia como fundamento del desarrollo de la racionalidad subjetiva y de la constitución de la singularidad (Horkheimer, «El futuro» 108). Ello se reflejaba en el empeño de la familia burguesa en la formación de los hijos en un sentido ilustrado –*Bildung*– (Adorno, «Teoría de la pseudocultura»). Pero la formación burguesa tenía también un carácter ideológico, en la medida en que su momento de verdad, como desarrollo desinteresado de las facultades y el conocimiento humano, no obstaculizó la extensión de la heteronomía social ni de su dominio como clase. Incluso lo posibilitó. Por una parte, mediante la asimilación de saberes útiles para el cálculo mercantil y el desarrollo empresarial; en este sentido, ciertos contenidos de la formación burguesa sirvieron a la burguesía para triunfar como capitalistas en el mercado («Teoría de la pseudocultura» 7-10). Y, por otra parte, privando al proletariado de la posibilidad de acceder a la formación. En este sentido, la formación del individuo tiene una analogía con la esfera del arte burgués, pues este podía ser únicamente disfrutado por la burguesía mientras que no tuviera consecuencias para su comportamiento en la vida económica y política, pero

8 «Los caminos que llevan al poder no están señalados, en el mundo burgués por la realización de juicios de valor moral, sino por una hábil adaptación a las circunstancias. Esto lo experimenta el niño en modo impresionante a partir de las circunstancias que encuentra en su familia» (Horkheimer, «Autoridad y familia» 131).

suponía al mismo tiempo un espacio que permitía imágenes, ideas y experiencias que trascendían lo dado (Adorno y Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* 85-90 y 179-180).⁹ De este modo, la formación que proveía la familia burguesa también estaba atravesada por una tensión en la medida en que pretendía, mediante la educación, propiciar el uso de la razón crítica, de la conciencia y la reflexividad en el sujeto, para evitar la obediencia ciega e infundada. Pero, al mismo tiempo, instruía a los hijos al sometimiento ante el poder fáctico e inducía al uso de la racionalidad instrumental para lograrlo. Por lo tanto, aunque la formación burguesa no sirvió a la emancipación social sino para el éxito de la burguesía, por otra parte, custodió la existencia de algo diferente a la astucia y el mero reconocimiento del poder.

Según Adorno y Horkheimer, ello fue posible específicamente por la figura materna, constituida también como algo distinto del dominio –al menos parcialmente–.¹⁰ La dureza con la que la autoridad paterna se imponía e interiorizaba como deber –pues requería del dominio de la naturaleza interna y la renuncia a la gratificación inmediata o al comportamiento desinteresado– se veía mitigada por la seguridad afectiva de la familia, identificada tendencialmente con el amor materno (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 88). La interiorización del deber, junto al afecto incondicional materno, posibilitaría en el niño el desarrollo de una seguridad personal que permitía, a su vez, la asunción de la responsabilidad personal en caso de fracaso como causa propia –y no como culpa propia o falta de talento como ocurrirá posteriormente– (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 88-89; Benjamin 39 y 46).¹¹ La seguridad personal desarrollada gracias al amor materno es precisamente lo que permitió la asunción responsable del fracaso, frenando su asimilación como culpa y consiguiente deterioro de la autoestima (Adorno y Horkheimer, «Familia» 144). Esta forma de responsabilidad individual permitía, según la teoría crítica, la posibilidad de la superación personal como potencial mejora de las facultades cognoscitivas y morales –no en el sentido neoliberal del goce sacrificial en aras de la adaptación–.¹² Aunque el sujeto burgués

9 En el mundo burgués, la racionalidad de las esferas de la economía y política, animadas por el ánimo de lucro o la persecución del interés privado, se contraponía a la del arte, como espacio de creatividad y racionalidad desinteresadas. No obstante, esta diferenciación se sostenía y perpetuaba en la existencia del antagonismo de clase (Adorno y Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* 176-181).

10 Horkheimer no solo identifica en la figura de la mujer una «reserva de fuerzas de resistencia», sino también un momento autoritario, de afirmación de la vida social masculina como consecuencia de su dependencia del varón. La mujer «refuerza la autoridad del orden establecido» en la medida en que le conviene que la adaptación de su marido sea exitosa. En ese sentido, la figura ideal de la mujer integra tanto el momento positivo asociado idealmente al principio de placer y a los sentimientos puros –ternura, estima inmaculada, abnegación idealista, alma bella, etc.– como el momento negativo conformista y autoritario. Al que se añade, en la representación inmaculada de los afectos maternos, un momento fundamental de desvalorización de sus propias fuerzas psíquicas, de su erotismo y sexualidad (Horkheimer, «Autoridad y familia» 141; García Cherep 142). Véase también: Adorno, *Minima moralia* 96-97.

11 Para ello, el sujeto debe aprender, en primer lugar, a no considerar el fracaso desde el punto de vista de sus causas sociales y asumir de manera individual la responsabilidad.

12 Es preciso señalar aquí para evitar confusiones que, para Adorno y Horkheimer, la seguridad personal o la autoestima fuerte en la sociedad burguesa no dependen solo de la seguridad afectiva de la familia, sino más bien de las condiciones sociales del capitalismo de competencia que permitían cierta previsión de las condiciones de producción y

fracasara en la consecución de sus intereses, pese a haberse entregado prudentemente al deber mediante la renuncia y el esfuerzo, su autoestima no se vería dañada debido al previo desarrollo de una seguridad personal fuerte. La confianza en sí mismo del sujeto burgués se la brindaría la experiencia del afecto incondicional, puesto que el amor maternal era siempre correspondido, a diferencia de la realidad. De este modo, la familia ofrecía al niño las condiciones para la adaptación a la realidad social sin verse quebrantado psíquicamente por ello y también la posibilidad de ir más allá de esta. En la sociedad burguesa, la figura de la madre habría sido por tanto la condición de posibilidad tanto de la conciencia moral como de la coherencia del individuo en un sentido antiautoritario (Benjamin 47). El elemento de dignidad del individuo moderno, que anticiparía el camino a la emancipación, se atribuye en este sentido a la figura femenina de la madre (Adorno y Horkheimer, «Familia» 144).

Pero, además, la figura de la madre habría permitido el cultivo en los niños de la singularidad, la razón como racionalidad crítica, la imaginación utópica, el espíritu de independencia, la capacidad de amar y el amor a la libre elección (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 144). El principio de placer que incita la relación con la madre constituye un factor de retraso en la adecuación del niño a la realidad externa, mitigando así los imperativos que resultan del principio de realidad (88-89). La seguridad de este amor siempre correspondido ofrecería condiciones para la individuación, para el desarrollo de ideas y deseos propios, más allá de la mera recepción del deber o las modas para la adaptación al mundo externo. En este sentido, es la experiencia del afecto desinteresado y espontáneo lo que ancla la posibilidad del distanciamiento y la diferenciación del sujeto respecto del mundo.

Para ciertas recepciones, como recientemente la de Marasco («There's a Fascist» 800; «Already the Effect», 89), el análisis de Horkheimer y Adorno de la familia pecaría de una idealización de la feminidad burguesa y de la autoridad patriarcal como reservas de potencial utópico. El hecho de que vinculen la posibilidad de la conciencia moral y de la conciencia crítica con la figura de la madre burguesa y el padre autoritario se ha entendido en ocasiones como una romantización tanto de la disposición sacrificial asociada a la feminidad como, por otra parte, del autoritarismo del varón cabeza de familia.¹³ Más allá del razonable señalamiento de que en estos autores hay

mercado y, por ello, cierta inteligibilidad de las causas externas del fracaso. Estas condiciones se transforman en el capitalismo avanzado, debido a la arbitrariedad de la dinámica mercantil que surge de la capacidad del gran capital para condicionarla. Por ello, la herida en la autoestima que caracteriza al sujeto en el mundo posliberal no tiene su causa última en la crisis de la figura materna, sino en la transformación de las condiciones sociales que conduce precisamente a la familia, en su forma burguesa y liberal, a su crisis.

13 En cierta bibliografía secundaria sobre la Escuela de Frankfurt se ha interpretado que el carácter autoritario era producto del desvanecimiento de la autoridad patriarcal dentro de la familia, asociándolo con la teoría del psicoanalista Alexander Mitscherlich de la «sociedad sin padres» (Umrath, «Recovering the Gender» 85-86). Incluso se ha llegado a interpretar que la Teoría Crítica señalaba el final del patriarcado en toda la sociedad. Sin embargo, Adorno y Horkheimer no consideran que la crisis de la autoridad patriarcal en la familia sea la causa de la crisis del sujeto burgués y del incremento de disposiciones autoritarias subjetivas. Estos fenómenos encuentran su explicación en las mismas condiciones sociales que caracterizan el capitalismo avanzado. Por otra parte, Adorno y Horkheimer tampoco consideran que la crisis de la autoridad patriarcal en la familia burguesa signifique el debilitamiento del

cierto descuido de la crítica de la opresión de género y, especialmente, del análisis de la constitución de la feminidad,¹⁴ la idea de que idealizan la autoridad patriarcal o la feminidad burguesa es difícilmente sostenible si se tiene en cuenta que el abordaje de la familia procede de su teoría dialéctica de la sociedad.

En primer lugar, solo se puede sostener esa interpretación si sus consideraciones sobre la familia se reducen a la idea de que es la crisis de la autoridad patriarcal en el capitalismo avanzado lo que explica las tendencias autoritarias. Pero, para Adorno y Horkheimer, la autoridad patriarcal en el marco burgués liberal constituye el espacio fundamental para la constitución de tendencias autoritarias, aunque no las generara ella en última instancia, sino las condiciones sociales del capitalismo. La relación entre autoritarismo y familia es, por lo tanto, previa a la crisis de la autoridad patriarcal. Además, dicha interpretación parece olvidar la crítica de Adorno y Horkheimer de la categoría de individuo burgués –intrínsecamente viril para ellos– en la que se señala su condición de heteronomía y tendencia al dominio de uno mismo, pero también de los otros en aras de mantener sus privilegios. Por ello, el momento positivo de la categoría de individuo no es más que un ideal. Pero tampoco es menos que eso, si se piensa desde el punto de vista de su desvanecimiento. Como ideal irrealizable contiene una tensión que permite una conciencia potencial del sujeto sobre su no identidad respecto de las categorías sociales a las que se adapta. También Adorno y Horkheimer señalan como un ideal que en la sociedad burguesa se obedecía a la autoridad porque se entendía que su propósito era «liberar a los inferiores» y que su razón era superior objetivamente (Horkheimer, «Autoridad y familia» 130). Sus análisis pretenden mostrar precisamente que, en realidad, la autoridad burguesa no es respetada porque tiene la razón, sino porque tiene poder. Es decir, que en las condiciones sociales del capitalismo se obedece por necesidad para la autoconservación o para el mantenimiento del privilegio, por interés privado. Esta relación con la autoridad ahonda en la dependencia y el sometimiento, no supone la liberación. Por ello, dice Horkheimer, en realidad la «familia nuclear ofrece condiciones miserables para la educación del hombre» (125).

En este sentido, la identificación de los aspectos positivos de la constitución del individuo burgués, y por ende de la autoridad patriarcal y del amor maternal en las condiciones del capitalismo liberal, surgen desde una mirada histórico-dialéctica a

carácter patriarcal de la sociedad en su conjunto. En el capitalismo avanzado sigue primando el comportamiento masculino y denostando la feminidad, tal y como se incidirá más adelante en el artículo (Benjamin 41). También se ha interpretado en ocasiones que la crisis de la figura femenina burguesa es lo que para la teoría crítica generaba el carácter autoritario en el capitalismo posliberal. Una reflexión interesante sobre la mujer y la feminidad en Horkheimer, en diálogo crítico con la interpretación de Jessica Benjamin, se puede ver en García Cherep.

14 Si bien Adorno y Horkheimer desnaturalizan y desesencializan el género, señalan el carácter patriarcal de la sociedad moderna e investigan la constitución sociohistórica de la familia en el capitalismo –así como del papel en esta de la masculinidad y la feminidad–, por otra parte, no abordan la opresión de género de manera sistemática, no ponen en cuestión el binarismo sexual y, finalmente, centran sus análisis en la constitución de la masculinidad desatendiendo la conformación de la subjetividad femenina (Umrath, «Recovering the Gender» 86 y 111; Stoegner 136). Esto último se manifiesta en su abordaje de la familia, en la medida en que sus análisis se centran en la figura del hijo, descuidado o ignorando casi las formas de subjetivación de las hijas. Sobre las implicaciones del olvido de la subjetivación femenina en la niña, véanse las consideraciones críticas de Jessica Benjamin.

su presente. Se trata de captar lo que el mundo burgués contenía como promesa de emancipación, pese a su falsedad, precisamente en el momento de su desvanecimiento. La familia contenía, entre otras cosas, una racionalidad de cuidado y afecto desinteresado –solidaria– irreductible a la racionalidad de persecución del interés privado –competitiva– que prima la lógica del intercambio y de la acumulación de capital. Desde este punto de vista, el análisis del amor materno y la autoridad patriarcal de la familia está dirigido a la comprensión de la conformación del momento positivo del individuo burgués, en los que la modernidad había depositado sus expectativas emancipadoras. No obstante, para Adorno y Horkheimer el avance histórico en relación con la liberación de la opresión de la mujer en la familia ha sido sustantivo; ninguna vuelta atrás en este sentido sería deseable. La figura femenina, vinculada al amor desinteresado, contenía un momento de negación de la racionalidad objetiva del capital y de la racionalidad instrumental del sujeto de interés; y, por lo tanto, una posibilidad de incubar algo distinto. Pero su realización era imposible en el marco de la sociedad falsa, menos aún desde la renuncia y la opresión sobre la que se constituía. Por ello, aunque Horkheimer en su diagnóstico de la institución matrimonio a mediados del siglo xx interpreta la extensión del divorcio como la expresión de la crisis del compromiso incondicional con los otros y el apoyo incondicional y la extensión de las relaciones interesadas y desapegadas –resultando algo conservador si no se comprende qué lo que están en juego aquí es la generalización de la frialdad burguesa a todas las esferas de la vida y clases sociales–, no deja por ello de señalar que, desde el punto de vista de las mujeres, la posibilidad de romper el matrimonio «evita cosas mucho más graves», como la tiranía de los maridos sobre mujer e hijos (Horkheimer, «El futuro» 111).

Por lo tanto, no se trata tanto de si hay o no nostalgia del autoritarismo patriarcal y de la feminidad maternal burguesas, sino más bien de una aproximación dialéctica al desarrollo histórico del capitalismo, que todavía bebe de una cierta crítica inmanente de la sociedad burguesa. Esta se desplegaba mostrando el momento de falsedad, la negación determinada de las propias categorías con las que la sociedad burguesa se representa y se celebra como sociedad libre, igualitaria y racional. Adorno reconoce que la posibilidad de esta forma de crítica solo era posible para el mundo burgués por la irracionalidad de la dinámica social en el capitalismo avanzado pese a que rija todavía la racionalidad objetiva del capital (Adorno, «Capitalismo tardío» 335). Sin embargo, el análisis de la familia en el capitalismo avanzado, en la medida en que parte de su crisis en la forma liberal, bebe todavía de las categorías de la crítica inmanente de la sociedad burguesa. El posible debate que se abre aquí es si, al restringir sus análisis a las formas propias de la burguesías, Adorno y Horkheimer no soslayaron los potenciales que contenían otras modalidades de vínculo, autoridad y organización que existían en relación dialéctica con las formas propias de la modernidad capitalista como las proletarias, las campesinas o las indígenas, entre otras.

En cualquier caso, para Adorno y Horkheimer la posibilidad de la emancipación social no depende de la realización individual del prototipo burgués del sujeto, sino

de la superación social de la heteronomía y el antagonismo social. Si estos autores consideran que la categoría del individuo burgués tiene un carácter ideológico es precisamente porque sus rasgos fundamentales –como la autonomía, la igualdad, la responsabilidad moral, la dignidad o la justicia, entre otros– son esencialmente no verdaderos en la totalidad social capitalista. No pueden ser no falsos. Es precisamente este momento negativo del individuo, su no verdad como ser autónomo y digno, lo que tratan de captar en sus análisis de la autoridad familiar burguesa cuando la abordan desde el punto de vista de su vínculo interno con las formas de dominación propias de la totalidad social o la racionalidad objetiva del capital. Esto es, como instancia mediadora entre individuo y totalidad social. La autoridad irracional de la familia funciona como primera forma de adiestramiento en el autoritarismo, en la obediencia acrítica a lo superior y en el domino hacia lo inferior.

Crisis de la familia burguesa y tendencias autoritarias en el capitalismo avanzado: una aclaración sobre su vínculo

«Cuando la economía de libre mercado suprimió el sistema feudal y precisó tanto del empresario como del libre asalariado, se constituyeron estos tipos no sólo profesionalmente, sino a la vez antropológicamente; ascendieron conceptos como el de la responsabilidad de sí mismo, la previsión, el individuo autosuficiente, el cumplimiento del deber, pero también el de la rígida obligación moral, el vínculo con las autoridades interiorizado [...]. Hoy pierden cada vez más peso la competencia y la economía de libre mercado frente a las fusiones de grandes consorcios y los correspondientes colectivos. El concepto de individuo, surgido históricamente, alcanza su frontera histórica»

ADORNO, «INDIVIDUO Y ORGANIZACIÓN» 421

La crisis del capitalismo competitivo o liberal, debido a la tendencia a la concentración de capital y la expansión del trabajo asalariado, transforma también algunos aspectos de la relación entre individuo y sociedad.¹⁵ En la medida en que el poder económico concentrado tiene mayor capacidad para incidir en el mercado, las condiciones de empleo para el trabajo asalariado y del beneficio para la pequeña burguesía dependen no solo de la racionalidad abstracta del capital, sino también de la organización del mercado según la voluntad y conveniencia del gran capital. Esta tendencia, junto a la extensión de la mercantilización a cada vez más ámbitos de la vida, hace que el sujeto

15 Sobre la relación entre individuo y totalidad social en Adorno, véase: Maiso, *Desde la vida dañada* 231 y ss.; Zamora, «Individuo y sociedad».

se vea cada vez más impotente y temeroso ante el incremento de exigencias externas para su subsistencia o reconocimiento social. Además, su condición de impotencia se incrementa con su intercambiabilidad o superfluidad, debido a la extensión del trabajo salariado. El modo en que la totalidad social afecta ahora al sujeto contiene, para Adorno y Horkheimer, un potencial incremento de disposiciones autoritarias, al mismo tiempo que debilita el papel mediador de la familia como socializadora de la interioridad. «La familia ya no es el agente mediador entre la sociedad y el individuo. Sucede, más bien, que la sociedad se ha apoderado del individuo directamente y, al privarle del escudo protector de la familia, evita que se convierta en un individuo en el sentido tradicional» (Adorno, «El problema del nuevo tipo humano» 13-14).

En la medida en que el sujeto se socializa y subjetiviza por instancias directamente sociales, en instancias como son la escuela, la radio, la televisión, el cine, la publicidad, los clubes deportivos, entre otros, el espacio íntimo de la familia pierde su papel de mediación mediada y contradictoria. Las mismas tendencias sociales que debilitan esta forma de mediación debilitan también las figuras de la autoridad patriarcal y del amor maternal (Horkheimer, «El futuro» 111). En este sentido habla la teoría crítica de una crisis de la familia burguesa, y no porque en el capitalismo avanzado desaparezca la institución de la familia nuclear (Adorno y Horkheimer, «Familia» 145; Adorno, *Minima moralia* 26). Para Adorno y Horkheimer, el auge de tendencias autoritarias en el sujeto se explica por las mismas tendencias sociales que la crisis de la familia burguesa (Horkheimer, «Autoridad y familia» 87; Adorno y Horkheimer, «Familia» 140). Estas son las condiciones de subjetivación propias del capitalismo avanzado, vinculadas a los fenómenos del mundo administrado, la industria cultural, la crisis del individuo burgués o las transformaciones antropológicas del nuevo tipo humano.

No se trata de que el declive del padre autoritario y de la ama de casa abnegada causen la crisis del individuo burgués y, con ello, se anule el potencial emancipador que contiene su momento positivo como sujeto con conciencia moral y crítica. Sino de que el desarrollo histórico del capitalismo transforma las condiciones sociales que sostenían las figuras burguesas del padre, la madre y los hijos y, con ellos también sus rasgos antropológicos particulares, así como sus disposiciones psíquicas y sociales. La crisis del individuo burgués es fruto, en última instancia, del desarrollo histórico del capitalismo. Así como lo es también la de la familia, atravesada desde sus inicios modernos por una contradicción o antagonismo.¹⁶ Precisamente, las tendencias autoritarias que analiza la teoría crítica surgen de formas de subjetividad –competitividad, conformismo, indiferencia o racionalidad instrumental– y de daño subjetivo –impotencia, miedo, autoestima dañada o narcisismo herido, entre otras– características del capitalismo, que se amplían y acrecientan con la crisis del capitalismo liberal.

16 Sobre la crisis del individuo burgués, véase: Maiso, *Desde la vida dañada* 235 y ss.; Zamora, «Th. W. Adorno y la aniquilación del individuo»; López Álvarez.

Transformación de las condiciones sociales y de subjetivación en el desarrollo del capitalismo

La crisis de la libre competencia surge de la tendencia a la concentración de capital que, en el siglo xx, da lugar a grandes corporaciones con una capacidad hasta ese momento inédita para ejercer poder económico por medios extraeconómicos. La influencia política del gran capital cercenaba así las condiciones económicas del *laissez faire* liberal y, con ello, ciertas condiciones sociales y antropológicas. La concentración del capital desplazó a parte de la pequeña burguesía hacia las filas del trabajo asalariado, a empleos cualificados vinculados a la gestión racional de los procesos productivos y a las prestaciones ofrecidas por el Estado como salario indirecto –educación, sanidad, servicios sociales o administración–. Por su parte, en el mundo occidental los estándares de vida del antiguo proletariado mejoraron gracias a la regulación del mercado laboral, los incrementos salariales y el abaratamiento de los bienes de consumo por la producción en masa, que permitían dejar atrás la inseguridad existencial y el pauperismo material de la clase obrera decimonónica. No obstante, el precio a pagar fue una nueva forma de pobreza, la extensión de la condición de desposesión y de heteronomía, así como una tendencia a la uniformización (Horkheimer, «El futuro del matrimonio» 107). El trabajo asalariado, pese a la mejora de sus estándares de vida, se hizo más impotente en las condiciones del mundo administrado, más dependiente de exigencias externas de adaptación en el desempeño laboral rutinario, ante la extensión de la administración estatal y en su plena integración en el nuevo tiempo de ocio en las actividades organizadas por la industria cultural. En la época dorada, el antagonismo social propio del capitalismo se expresaba así en un polo de poder económico y extraeconómico ocupado por el gran capital y un polo de individuos impotentes, desposeídos de medios de vida propios, dependientes no solo del salario para su autoconservación, sino también de la adaptación a las exigencias laborales, estatales y culturales, cada vez más mediadas por la lógica de la mercancía (Adorno, «Reflexiones sobre la teoría de clases» 352).

El capitalismo, más intervencionista y tendencialmente oligopólico, supuso también un incremento de la presencia del Estado en cada vez más aspectos de la vida cotidiana. No solo mediante la burocracia, sino a través de regulación, organización y administración de la salud y la salubridad, la educación y la formación, el urbanismo y la infraestructura, los usos del suelo y los recursos naturales, la comunicación y el desplazamiento, en muchos casos en concordancia con las necesidades de la acumulación de capital (Adorno, «Capitalismo tardío»). A su vez, la forma mercancía colonizaba cada vez más cosas, tiempos y espacios, creando una infinitud de nuevos bienes y servicios, nuevos deseos y necesidades, y sometiendo a la lógica mercantil casi todos los ámbitos sociales y personales. Este nuevo «mundo administrado» sometía a los individuos, tendencialmente atomizados, a cada vez más exigencias de adaptación, tanto en el trabajo rutinario propio de la época fordista como en el consumo mediado por códigos de distinción y estatus generados por las industrias

publicitaria y cultural (Cook). «En una situación injusta la impotencia y la ductilidad de las masas crecen con los bienes que se les otorga» (Adorno y Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* 54-55). La socialización de la totalidad social del capital atrapa cada vez más ámbitos de la sociedad y la existencia humana individual, como si fuera natural. La inmediatez y la espontaneidad, la solidaridad y el apoyo mutuo, la reflexión y la crítica vieron sus posibilidades mermadas en este mundo administrado, donde la formación de la individualidad, reducida hasta entonces a la esfera íntima de la familia, disminuía también sus posibilidades y generaba suspicacias (Adorno, «Individuo y organización» 416).

Pese a la mejora de los estándares de vida del antiguo proletariado, el acceso a la riqueza material y el reconocimiento social se realizaba en condiciones cada vez más heterónomas (Adorno, «Reflexiones sobre la teoría de clases» 357). Pese a las mejoras laborales y salariales, las prestaciones sociales, las posibilidades de ascenso profesional y la participación en las promesas de gratificación en el tiempo libre, el miedo persistía por la amenaza de superfluidad e intercambiabilidad del individuo en momentos de crisis y desempleo. El individuo desposeído devenía así cada vez más impotente frente a la totalidad social y, en concreto, al poder social concentrado en el gran capital. En este marco, «ser sujeto» quedaba reducido cada vez más al sentido del individuo formalmente libre en el mercado que persigue su interés privado mediante el cálculo estratégico y oportunista en la búsqueda del «éxito» laboral, profesional o social, pero sin la posibilidad de inteligir en algunos aspectos el comportamiento de la dinámica mercantil. La única garantía de autoconservación era la adaptación. La autonomía se reducía así a la posibilidad de elegir entre una multiplicidad de combinaciones mercantiles en aras de conformar un estilo propio, una identidad singular sintética o a la astucia en el ámbito profesional en miras de un ascenso de carrera. La astucia y la racionalidad instrumental se extendían entonces a cada vez más ámbitos de la vida. «El individuo es anulado por completo frente a los poderes económicos» (Adorno y Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* 54). La autonomía entendida como existencia consciente, agente y colectiva, basada en el juicio racional y la libre elección del sentido vital y la organización del metabolismo social, entra en crisis incluso como aspiración en una sociedad compuesta cada vez más por individuos atomizados, conformistas, egocéntricos y atemorizados por la exclusión social. Las tendencias autoritarias latentes, diagnosticadas por Adorno y Horkheimer en las sociedades democráticas, anidan precisamente aquí, en la persistencia del miedo, la frialdad y la autoestima herida por la impotencia, que conducen a los sujetos a compensaciones narcisistas, de las cuales se aprovecha tanto la industria cultural como la propaganda fascista.

Familia, individuo y sociedad en el capitalismo avanzado: el fin del amor y la protección

En este marco, la familia ya no puede ofrecer a sus miembros seguridad tal y como había hecho hasta entonces. La fortaleza de la figura padre en tanto que proveedor de dinero se ve debilitada en la medida en que es más impotente ante los cambios de un mercado organizado según los intereses del gran capital, especialmente cuando se integra en las filas del trabajo asalariado o cuando no dispone de herencia rentable que ofrecer a la descendencia. La pérdida de posición y prestigio social de la figura del padre y su mayor debilidad efectiva en las nuevas dinámicas sociales del capitalismo debilita su autoridad en el interior de la propia familia. Que no pueda garantizar la seguridad económica de esposa e hijo de la manera en que lo hacía en la familia burguesa afecta también a la proyección moral que se hacía sobre la figura padre.¹⁷ La autoridad patriarcal era respetada en tanto que constituía un poder fáctico, pero también era reconocida como autoridad moral en tanto que su éxito era representado como causa de su conducta. La interiorización de la autoridad paterna ha perdido así su fundamento social, porque ya «no garantiza de modo seguro la vida material de los miembros, no puede proteger lo bastante al individuo contra el mundo externo, que presiona cada vez más inexorablemente» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 140)

La crisis de la familia burguesa tiene así su origen en la tendencia histórica a la concentración de capital, que modifica la «esfera de la competencia y la libre empresa» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 142). Una manifestación de ello es la pérdida de la importancia de la propiedad hereditaria del patrimonio familiar como medio de subsistencia para la pequeña burguesía, puesto que su capital no tiene garantizada la rentabilidad. La herencia pequeñoburguesa ve así deteriorado su contenido como garantía de una posición privilegiada para asegurar la reproducción de la descendencia (140). Esta se ve desplazada por la «maña y capacidad de maniobra» de los sujetos para reconocer y actuar de acuerdo con las exigencias sociales de la autoconservación y medrar en las condiciones dadas (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 83). La astucia será ahora la única virtud que reconozcan los hijos, la nueva generación, como condición para la autoconservación y el éxito. Esta virtud se extiende a cada vez más población y a más ámbitos de la vida social e íntima.

El menoscabo de la capacidad del padre para proveer materialmente deteriora el ejercicio de su autoridad sobre el resto de los miembros. Los hijos descubren tem-

17 Es preciso especificar aquí que la crisis de la seguridad material de la familia no significa que esta institución deje de funcionar absolutamente como sostén para sus miembros, simplemente lo hace con menos garantías y de manera más precaria. De hecho, la familia sigue siendo fundamental para la supervivencia material de sus miembros durante el capitalismo avanzado –y podríamos decir que hasta la actualidad–. La «familia no ha dejado de demostrar su fortaleza y su capacidad de funcionar como centro de fuerzas favorecedor de la supervivencia. Devuelta a las condiciones naturales más favorecedor(as) de la supervivencia» (Adorno, «El problema de la familia» 310). El problema, se podría decir, es que ya no puede garantizar mucho más que mera autoconservación. Y confiar en el futuro de la institución de la familia en esta forma regresiva vinculada a la procuración de la mera supervivencia no tiene nada de halagüeño ni de emancipador (311).

pranamente el desequilibrio entre el papel social del padre y su papel en la familia (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 87). La ausencia de razones pragmáticas que fundamentan el sometimiento al padre merma la interiorización de sus exigencias y expectativas (Adorno y Horkheimer, «Familia» 144). La descendencia no solo sospecha que el padre no puede garantizar su subsistencia, sino que parecerse a él, mimetizarlo, tampoco lo asegura. La interiorización del deber y la disciplina no es percibida ya como garantía de autoconservación, debido a la arbitrariedad con la que se presentan las exigencias sociales de adaptación. La nueva generación recela de la disciplina, la dignidad o la responsabilidad moral como ideales vacíos, pero no porque haya captado críticamente su momento negativo –el antagonismo social y la heteronomía que los fundamenta–, sino porque comprende que solo la ciega obediencia, la oportunidad y la astucia pueden llegar a ofrecer alguna oportunidad. Desde fases tempranas de su vida, los niños pueden sospechar que la figura del padre ya no personifica la fortaleza, ni tampoco «la justicia y la bondad» (144). Y, por tanto, la interiorización del deber y el valor moral resulta estéril y poco razonable. La autoridad patriarcal adquiere así un aspecto irracional también en el interior de la propia familia, puesto que pierde uno de los momentos de verdad que la sostenía como racional: la protección material. Ello se manifiesta en la tensión que el niño mantiene con la autoridad familiar: obedece porque todavía es dependiente materialmente, pero sospecha que ello no le ofrece ninguna conveniencia a futuro. La disminución de la fortaleza de la familia tiene aquí su correlato en el debilitamiento del yo. Esta misma debilidad separa al individuo de la familia, puesto que atenúa el carácter conflictual de su vínculo (Adorno, «El problema de la familia» 307).

Además, las transformaciones sociales implican también el deterioro de la seguridad afectiva vinculada al afecto y cuidado incondicional. Si en la época burguesa el amor materno posibilitaba el retraso de la disposición a plegarse al principio de realidad y auspiciaba el desarrollo en los hijos de su propia capacidad para amar e imaginar, su deterioro abre la posibilidad de una temprana formación del «espíritu de adaptación y agresividad autoritaria», así como del endurecimiento del carácter (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 87 y ss.). Según Horkheimer, el deterioro del calor familiar estaría vinculado a una nueva tendencia a la organización racional de la crianza, que se desarrolla en el siglo xx especialmente entre los grupos sociales urbano y cultos. La maternidad comenzaba a ejercerse como una profesión. El trato a los hijos se racionalizaba según un cálculo objetivo de los medios según los efectos pretendidos, haciendo que el vínculo maternal deviniera menos espontáneo a través de esta «higiene pedagógica» (88-89). Esta forma de pragmatismo en el cuidado y mediación en el amor de la madre debilitaría la capacidad de su figura para mitigar el endurecimiento que produce en el hijo el choque con la realidad. La figura materna pasaría ahora a ser una «portavoz» más de la realidad misma, un agente más del principio de realidad. Ello deterioraría el sentimiento de seguridad personal que, en la época burguesa, aparecía como condición del desarrollo de la responsabilidad personal y de la individualidad,

conformada con cierta distancia respecto del mundo externo y, por ende, contenedora de un potencial desarrollo de la racionalidad crítica y la imaginación utópica.

El cambio en el papel de madre está también vinculado a la tendencia a la incorporación de las mujeres al mercado laboral y a la vida política; así como a la posibilidad del divorcio (Horkheimer, «El futuro» 109). En este aspecto, Adorno considera que la crisis de la familia burguesa «adquiere un aspecto de rendición de cuentas», ya que supone para las mujeres su liberación potencial de la dominación directa del marido basada en la dependencia personal y de la «injusticia económica de la explotación del trabajo doméstico», así como de la renuncia a instintos sexuales que imponía la disciplina familiar (Adorno y Horkheimer, «Familia» 140; Adorno, «El problema de la familia» 305-306).¹⁸ En una «sociedad que en lo demás obedecía a las leyes del mercado», regidas idealmente según el principio del «libre» consentimiento entre individuos formalmente iguales, la existencia del trabajo doméstico no remunerado de las mujeres y su dependencia económica del varón constituía una «excepción» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 140; Adorno, *Minima moralia* 12). En este punto, las consideraciones de Adorno, aunque llamativamente escuetas, convergen con los análisis de algunas corrientes del feminismo que señalan la opresión de las mujeres en la sociedad burguesa en relación con su dependencia económica respecto del marido, el sometimiento a su mando y a su tutela jurídico-política, su confinamiento en el hogar que las forzaba al trabajo doméstico impago (Umrath, «Recovering the Gender» 94).

En este sentido, la disposición sacrificial y abnegada de la madre y esposa revela el fundamento coercitivo de la feminidad burguesa, puesto que presupone no solo su opresión social, sino también la negación y renuncia a la propia individualidad, al desarrollo de intereses y deseos propios, incluida la sexualidad (Adorno, *Minima moralia* 100). Para «olvido» y negación del fundamento coercitivo de la feminidad, la opresión de la mujer por la «irracional» autoridad patriarcal desarrolló su particular justificación ideológica (Stoegner 144). La feminidad fue identificada con cualidades como la bondad, la entrega, la compasión, la empatía, la ternura, la sensibilidad, la apacibilidad o la sentimentalidad, que inclinaría naturalmente a la mujer a la dedicación voluntaria y abnegada a la crianza y cuidado de la familia (Adorno y Horkheimer, «Familia» 142). Pero esta supuesta naturaleza femenina es ya «un efecto del látigo», pues supone un dominio interno como renuncia a la individualidad que tiene su explicación en el dominio externo de la masculinidad

18 Para Adorno y Horkheimer la liberación sexual en la sociedad del capitalismo avanzado contiene ambivalencias y tensiones importantes. La mujer deja de estar reducida tendencialmente a su papel de esposa y madre, lo que la libera de ciertas renunciaciones sexuales y eróticas en la constitución de la feminidad burguesa. Pero, por otra parte, se asiste a un incremento de la cultura conservadora que romantiza la familia y demoniza el amor libre, representando como vicio el amor no reglamentado. Y, finalmente, la sexualidad pierde espontaneidad y erotismo en el marco de relaciones sociales pragmáticas y modeladas, cada vez más, a través del principio del intercambio y la competencia. La sexualidad se puede representar sin tapujos en la industria cultural, pero en realidad se vuelve más fría y frígida (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente», 85; Adorno y Horkheimer, «Familia» 143 y *Dialéctica de la Ilustración* 184; Adorno, *Minima moralia* 175-177).

de la sociedad burguesa (Adorno, *Minima moralia* 100; Benjamin 36; Singh 95.). El declive de la autoridad patriarcal burguesa en el marco de la familia contiene, por lo tanto, un momento positivo fundamental: la liberación de la mujer de la explotación del trabajo doméstico, de su dependencia económico-política, de la renuncia a su individualidad y la negación de su deseo y sexualidad (Horkheimer, «El futuro» 111; Adorno, *Minima moralia* 100).

Su liberación de la opresión patriarcal en la familia coincide con su tendencial incorporación a las categorías del trabajo capitalista y de la democracia liberal representativa. Aunque fuera un mundo viril, hecho por y para los hombres (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 85), ello le permitía actuar como sujeto en las formas de la sociedad burguesa –pese a que no significara la emancipación de las formas de antagonismo social, cosificación y heteronomía que estas contienen–. Pero la inclusión en las esferas del mercado laboral y la ciudadanía no supuso siempre la superación de la dominación patriarcal en el ámbito íntimo de la familia y menos aún el final de la opresión de género en la sociedad en su conjunto (Adorno, *Minima moralia* 97).¹⁹ En el capitalismo avanzado se consolidó precisamente la idealización de la mujer como madre y esposa modélica en los contenidos de la industria cultural y publicitaria que, en ocasiones, fue interiorizada a través del consumo de mercancías asociadas a la feminidad (12). Este culto a la figura de la madre y esposa ideal convive, precisamente por su carácter ideológico, con el desprecio y la minusvaloración de la feminidad y las mujeres. El principal oficio que todavía se exigía a la mujer era el de mantener el matrimonio feliz, la crianza adecuada y el hogar acogedor (Horkheimer, «Autoridad y familia» 145), incluyendo ahora a las mujeres de la clase trabajadora. Por ello, la posibilidad del divorcio supuso una cierta forma de liberación para la mujer (Horkheimer, «El futuro» 111).

Además, la emancipación de la mujer como plena realización universal del derecho humano coincide, sin embargo, con la crisis de la humanidad, el peligro de la recaída en la barbarie, por el desarrollo del capitalismo (Adorno, «El problema de la familia» 309). La incorporación de la mujer al mercado laboral y a la ciudadanía de pleno derecho se da precisamente en un momento histórico en el que la totalidad social se impone sobre el sujeto con mayor fuerza y más exigencias, revelando con crueldad su intercambiabilidad, superfluidad y soledad, especialmente entre los jóvenes del momento, lo que fomenta tendencialmente el comportamiento competitivo y el endurecimiento del sujeto, así como formas de pensamiento conformistas y «realistas» (Horkheimer, «El futuro» 107). En la medida en que en el siglo xx el alcance de la socialización en el capitalismo se extiende a más aspectos de la vida, incluidos los vínculos familiares, la figura de la madre como imagen del amor desinteresado y la dedicación compasiva, que

19 Es preciso incidir, por los equívocos de la recepción, que Adorno y Horkheimer no consideran que el carácter masculino predominante, la jerarquía de género a favor de la masculinidad o el carácter patriarcal de la sociedad llegara a su fin con la crisis de la autoridad patriarcal en la forma de la familia burguesa (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 85).

significaba la existencia de un espacio regido por una racionalidad distinta al principio del intercambio y la competencia, se ve también amenazada. En este sentido, la liberación de la mujer no es la causa de la tendencia subjetiva a la frialdad, al conformismo y a la indiferencia, pero coincide con ella, como expresiones ambas de las transformaciones del capitalismo, y contribuye al deterioro del modelo de la madre burguesa, con su momento positivo –liberador de la opresión y la renuncia– y negativo –liquidador de cuidado desinteresado y amor incondicional–.

La familia burguesa, en su combinación de la autoridad patriarcal y el amor maternal, permitía el desarrollo de una tensión, de una contradicción en la conformación del sujeto: entre, por una parte, la capacidad de imaginación utópica y la racionalidad crítica y, por otra, su disposición a la interiorización y aceptación de las esferas de la economía y la política. Dicha tensión podría resolverse como fuerza crítica, como pudo ser el movimiento del 68. Se trata, desde luego, solamente una potencia, puesto que el individuo burgués no tiene tendencialmente problemas en adecuarse a las determinaciones del mercado y la competencia mediante la astucia y el empleo sistemático de la racionalidad instrumental, y además está constituido sobre la opresión femenina, puesto que el amor maternal, que garantiza la conciencia moral e individualidad del sujeto, es ya un producto del dominio, la renuncia y la coacción que supone la dedicación sacrificial. Pero la tensión en su constitución que, pese a estar fundada en la opresión y la falsedad, contenía idealmente un potencial trasgresor, se pierde con las transformaciones del capitalismo avanzado. La pregunta que surge aquí es si se puede identificar en el capitalismo avanzado alguna tensión o contradicción que contenga un potencial emancipador u otro espacio para la formación de una potencial individualidad crítica frente a la tendencia a la socialización total del capital. Desde luego que eso ya no puede pasar por la categoría del individuo burgués porque el desarrollo del capitalismo ha decretado su defunción. Por ello, Adorno, en su análisis de los rasgos del nuevo tipo humano que surge en el capitalismo avanzado, no piensa la posibilidad emancipadora desde el sujeto burgués, sino desde su ruina. Esta abre nuevas esperanzas y permite además superar la crítica inmanente desde las categorías burguesas. La crisis del individuo burgués abre la posibilidad de una subjetividad configurada sobre elementos no pensables –ni tampoco deseables– desde el ideal de sujeto de interés, como el principio de no-identidad y de la solidaridad. «Romper el muro monadológico que encierra a cada individuo dentro del sí mismo en la era liberal constituye la mayor fuente de esperanza» (Adorno, «El problema del nuevo tipo humano» 15).

No obstante, Adorno y Horkheimer consideran que, hasta su momento, ninguna otra instancia parece ofrecer un marco para el desarrollo de la individualidad, la autonomía o el afecto desinteresado de la forma hegemónica y sistemática con la que lo había hecho la familia burguesa. Las principales instancias de socialización y subjetivación características del mundo administrado –como la escuela, los clubes deportivos, las iglesias, los partidos o los iconos, productos y plataformas de

la industria cultural– no suponen «formas más libres y menos autoritarias» que la familia.²⁰ (Adorno y Horkheimer, «Familia» 141). Estas instancias no sustituyen, en un sentido estricto, el papel de la autoridad del padre, menos aún el rol afectivo y entregado de la madre (Benjamin 36).

sería imprudente suponer que la disminución de la autoridad familiar en la sociedad actual constituya de manera automática un elemento de progreso y liberación. Por un lado, el poder individual más productivo aflora en medio de una confrontación viva y directa con su familia, pero estos poderes se encuentran ahora privados de su objetivo, por así decirlo. Por otro lado, la dominación inmediatamente palpable de la sociedad sobre el individuo, sin intermediarios, es tan evidente que, en una capa más profunda de su conciencia, el niño que crece «sin autoridad» es posiblemente más temeroso aún de lo que nunca fue en los viejos tiempos del complejo de Edipo (Adorno, «El problema del nuevo tipo humano» 13-14).

No se trata, sin embargo, de volver al pasado, sino de comprender las implicaciones de su crisis en la conformación de la contemporaneidad.²¹ Amenazada por las tendencias autoritarias del momento, la familia burguesa revela que su protección es más necesaria cuanto más irrealizable, y que su autoridad es más despótica cuanto más inverosímil. «Sólo en los ámbitos, por así decir, rezagados de la vida, que aún están libres de organización, madura la comprensión de lo negativo del mundo administrado y con ello la idea de un mundo más humanamente digno» (Adorno, «Individuo y organización» 426).²² La conciencia crítica, que sigue siendo un elemento fundamental para pensar la emancipación en la teoría crítica, requeriría de un espacio no organizado directamente por la lógica social para que se pueda producir una tensión respecto a esta no solo en forma de sufrimiento, sino también de distancia crítica reflexiva. Por eso la industria cultural difícilmente lo era y la familia comenzaba a dejar de serlo. «La única exigencia que es lícito plantear sin desverguenza sería la de que el individuo impotente siguiera siendo, sin embargo, dueño de sí mismo a través de la conciencia de la propia impotencia» (425).

20 Incluso el garantismo del Estado social o la educación pública no ofrecen las mismas formas de seguridad material y afectiva que la familia burguesa. Sus funciones formativas, económicas o de cuidado no las sustituye la sociedad ni el Estado.

21 «No es posible conservar la función protectora de la familia y eliminar sus rasgos disciplinarios mientras ésta tenga que proteger a sus miembros de un mundo al que es inherente la presión social directa o indirecta» (Adorno, «El problema de la familia» 312).

22 Uno de estos ámbitos que ofrecen posibilidades de «formar células humanas dentro de lo general inhumano» seguía siendo, paradójica y precariamente, el matrimonio en el capitalismo avanzado (Adorno, *Minima moralia* 12).

Cierre. Capitalismo avanzado, familia y el peligro del autoritarismo

«O bien la atomización de los hombres es superada por obra de transformaciones y mutaciones de hondo calado, o bien terminará por ser de hecho funesta para nuestra cultura. Las mismas transformaciones económicas que destruyen la familia entrañan el peligro del totalitarismo.

La familia en crisis genera las actitudes que predisponen a los seres humanos a la sumisión ciega»

HORKHEIMER, «AUTORIDAD Y FAMILIA EN EL PRESENTE» 87

El debilitamiento de la autoridad patriarcal y del afecto incondicional contribuirían a la intensificación de las disposiciones autoritarias, que tienen su causa en los rasgos de la subjetividad que implica la socialización regida por el principio de intercambio capitalista, tales como la competitividad, el individualismo o el conformismo; y, específicamente, en los rasgos subjetivos que surgen del daño que generan en el sujeto las condiciones de impotencia, inseguridad, miedo o frustración –que se acentúan en el desarrollo del capitalismo avanzado–, tales como el endurecimiento, la baja autoestima, la agresividad o la rabia. «Las mismas transformaciones económicas que destruyen la familia entrañan el peligro del totalitarismo. La familia en crisis genera las actitudes que predisponen a los seres humanos a la sumisión ciega» (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 87). En el capitalismo avanzado el padre sigue siendo una figura de mando en el marco de la familia, pero, sin embargo, la disciplina y el deber que exige no son interiorizados, por lo que los hijos aprenden ahora la nuda sumisión al poder fáctico. En este sentido, Horkheimer plantea que la familia ya no ejerce la autoridad, sino que se convierte en el campo de prácticas de la autoridad como tal («87). La autoridad del padre ya no es reconocida como legitimada, aunque sigue siendo obedecida, por conveniencia o hábito. En este nuevo marco familiar, el niño aprende, así, que tanto el dominio como la obediencia son virtudes en sí mismas. La ciega sumisión al padre funciona entonces como modelo de sometimiento fuera del ámbito familiar y como fundamento para el desarrollo de rasgos narcisistas.²³ Paradójicamente –o no, desde el punto de vista del psicoanálisis–, el hecho de que la autoridad familiar no sea interiorizada imposibilita la rebelión contra el padre y suscita además su idealización (92). Los rasgos prototípicos de la figura del padre autoritario, ahora idealizados, ofrecen tendencialmente a los hijos un modelo de masculinidad basado

23 «El niño reprime lo infantil en él (lo que no impide, por supuesto, que más tarde el individuo intente comportarse grotescamente como un niño cuando intenta divertirse) y se comporta como un pequeño adulto calculador sin ego sólido e independiente pero con una inmensa dosis de narcisismo. Su testarudez y al mismo tiempo, su sometimiento al poder efectivo ficticio le predispone a formas de vida totalitarias» (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 89).

en la dureza y la implacabilidad. Precisamente, la virilidad ensalzada sería uno de los rasgos característicos de los sujetos que presentan abundantes rasgos autoritarios y que son, al mismo tiempo, los más receptivos a la propaganda y agitación fascista.

Por otra parte, el nuevo modelo de familia, vinculado al nuevo tipo humano, no provee ya de la tradicional formación burguesa, de la educación moral e intelectual de los hijos, aniquilando, con ello, el contacto con saberes y racionalidades que trascienden la aprehensión positivista de la realidad (Adorno, «El problema de la familia» 309-310). «Los hijos ven el mundo tal como es, pero pagan el precio de no ver cómo podría ser» (Adorno, «El problema del nuevo tipo humano» 15). El aprendizaje que ofrece la familia es cada vez más la mera «verificación» de la realidad tal y como se presenta, para actuar en ella de manera pragmática. Pero, la dinámica social resulta en este momento más indescifrable y, al mismo tiempo, más exigente para la adaptación del individuo, lo que hace al sujeto cada vez más impotente ante el poder social y daña su propia estima. La condición de intercambiabilidad y fungibilidad además contribuye a la sensación de miedo y superfluidad. Ante ello, la familia cada vez puede ofrecer menos protección material y afectiva, por lo que los niños lo buscan, de manera compensatoria, en otras instancias, las que tampoco pueden ofrecer más que la falsa sensación de seguridad.

La insuficiencia de seguridad personal y el carácter indescifrable de la dinámica contribuyen al menoscabo de la posibilidad del desarrollo de la responsabilidad individual del fracaso a partir de la identificación de sus causas, de modo que permita un aprendizaje para el futuro. Las causas del fracaso se hipostasian ahora como culpa propia por la falta de talento. Esta forma de autoculpabilización, como flagelación y menoscabo de uno mismo, provoca precisamente una «disposición al sacrificio que frustra la crítica de la realidad», al mismo tiempo que hiere el orgullo (Horkheimer, «Autoridad y familia» 133; Adorno y Horkheimer, «Familia» 144). La autoestima debilitada y el sentimiento de inferioridad no favorecen la distancia crítica respecto del poder social, sino más bien su aceptación y la sumisión acrítica. Pero, sus causas últimas no han de buscarse en el deterioro de la seguridad material y afectiva de la familia, sino en el miedo y la impotencia del individuo ante el poder social concentrado que actúa, de manera medida o inmediata, con arbitrariedad y exigencias excesivas (Benjamin 45).

La dificultad para la interiorización del deber no significa, sin embargo, que el nuevo tipo humano se libere del dominio de la naturaleza interna y se entregue a comportamientos espontáneos y desprendidos. Por el contrario, el dominio de sí en aras de la nuda adaptación alcanza cuotas inusitadas y, con ello, el consecuente daño que soporta el sujeto para tal fin. Este exceso de dolor, socialmente necesario y naturalmente innecesario, resulta en el endurecimiento subjetivo, en una forma de distanciamiento tanto del sufrimiento propio como del ajeno. Así, el «constituyente específico de la renuncia personal, que hoy mutila a los individuos e impide la individuación, no es ya la prohibición familiar, o no lo es casi, sino la frialdad, tanto más penetrante, cuanto más desgarrada se vuelve la familia» (Adorno y Horkheimer, «Familia» 143; Adorno, «El problema del nuevo tipo humano» 15-16). El endurecimiento del sujeto limita las

disposiciones compasivas y solidarias, tanto como la imaginación utópica y la distancia crítica respecto del poder.²⁴ Y favorece el individualismo, la agresividad o la indiferencia. En definitiva, la frialdad, junto a búsqueda de compensaciones al miedo y la impotencia, favorece algunos rasgos psicosociales que la teoría crítica consideró como autoritarios en su estudio *The Authoritarian Personality* (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 90-91), tales como el apego acrítico a las normas sociales y el desprecio de la desviación, el pensamiento estereotipado y prejuicioso, la incapacidad para la autocritica y la introspección, la carencia de sentimientos de solidaridad hacia otros grupos, la frialdad o indiferencia ante al dolor ajeno, la reproducción de discursos de odio, la inclinación al punitivismo, la proyectividad susceptible al prejuicio y a la manipulación, la fascinación por figuras de fortaleza mezclada con sensaciones de impotencia, la sensación de sumisión y, al mismo tiempo, el deseo de someterse a un poder fuerte, la agresividad destructiva, el cinismo, la preocupación exagerada por cuestiones sexuales o, también, la combinación de la debilidad del yo y un superyó no interiorizado (Horkheimer, «Autoridad y familia en el presente» 90-91 y 96; Rensmann 31-32). Ello se traducía en posiciones políticas, sociales y económicas potencialmente fascistas como el prejuicio racial, la glorificación del propio grupo, el nacionalismo agresivo, la demagogia contra la clase obrera o el desprecio por las instituciones democráticas, entre otras. En última instancia, los rasgos autoritarios incuban el peligro de la barbarie porque disponen a los sujetos a la recepción de la agitación fascista.

En este sentido, ciertas disposiciones psicosociales autoritarias, que se incrementan potencialmente en las condiciones sociales del capitalismo avanzado, hacen a sujetos más vulnerables no solo a las ilusiones de la industria cultural, sino también a la propaganda fascista. Esta última proporciona fantasías de seguridad, empoderamiento e importancia de uno mismo que funcionan como compensaciones del miedo y la impotencia mediante la identificación con un líder fuerte y una comunidad de pertenencia cerrada. Pero, además, ofrece fantasías de omnisciencia, así como formas de descargar la rabia mediante la personificación de las causas del malestar en grupos sociales vulnerables a los que señala como culpables. Procura, en última instancia, chivos expiatorios sobre los que descargar la agresividad y la rabia, además de autoafirmarse. Es, en este sentido, en las condiciones sociales del capitalismo en su desarrollo histórico donde reside el peligro totalitario al que contribuye la crisis de la familia burguesa, aunque no sea su causa.

La propaganda fascista ofrece ganancias narcisistas a los tipos humanos del mundo administrado, fríos, inseguros y carentes de autonomía y espontaneidad (Adorno, «La teoría freudiana» 48). Una de las formas en que lo hace es promoviendo la identificación

24 La frialdad no está causada directamente por la disminución del amor materno y del temor al padre, sino por la extensión del principio de intercambio y del imperativo de la competencia, al mismo tiempo que se incrementan las exigencias externas de adaptación en cada vez más ámbitos de la vida social e íntima organizados según los intereses del gran capital. Sin embargo, la frialdad afecta también a los lazos familiares, en la medida en que se extiende hasta ellos el criterio pragmático de valoración de los vínculos en analogía la racionalidad del interés mercantil (Adorno y Horkheimer, «Familia» 145).

narcisista con un líder –y, de forma vicaria, con la ficticia comunidad a la que supuestamente representa–, cuya figura se asemeja precisamente a la del padre primordial, al de la horda primitiva. La idealización del líder mediante su figuración como un superpadre todopoderoso permitiría que el sujeto se rinda ante su fortaleza rindiéndole pleitesía, al mismo tiempo que se identifica con él compensando así el resentimiento generado por la acumulación de frustraciones y malestar (34-36). Esta ganancia narcisista explicaría, en cierto modo, la disposición de los sujetos a someterse a un líder en contra de sus propios intereses racionales –ya que la propaganda fascista no induce a ningún cambio social emancipador ni mejora la vida individual, sino que reproduce «para sus propios propósitos la mentalidad existente», sirviéndose del empobrecimiento psíquico del sujeto (48-49)–. Así, ofreciendo ganancias narcisistas, la movilización fascista incita el carácter al mismo tiempo sádico y masoquista.

Esta combinación de sumisión y frialdad –esto es, de sometimiento ante el poder y crueldad ante el sufrimiento de vulnerables– caracteriza, según Horkheimer («Autoridad y familia en el presente» 91), a los fascistas potenciales de su momento histórico. Estos son los hombres que han interiorizado, más que el deber moral, la imagen de la sociedad como selva o, dicho de otro modo, el «principio cínico de la incipiente filosofía burguesa: *homo homini lupus*» (97). Su agresividad excesiva podría estar vinculada, en el marco psicosocial del mundo administrado, a la carencia de protección y afecto, que no siempre procura ya la familia. Curiosamente, los tipos que concentran estos rasgos autoritarios son los que, según el estudio *The Authoritarian Personality* –que introdujo en su escala cuestiones relativas a las relaciones familiares (Umrath, «A Feminist» 868)–, rinden culto ideológico a la familia, especialmente a la figura idealizada del padre fuerte, estricto, justo, respetable, triunfador y severo (92). Se trata de un culto ideológico no solo por la ahora debilidad efectiva de la figura del padre, sino porque la relación que mantienen con su propia familia no suele ser auténtica o cercana (91). El momento de verdad de esta ideología residiría precisamente en la reminiscencia de su poder patriarcal ahora inclinado al despotismo desnudo. Lo mismo ocurriría con la extensión del culto ideológico de la figura de la madre al que estos sujetos autoritarios se suman, aunque en realidad desprecian la feminidad, como a lo ajeno, por identificarla con la debilidad, la sensualidad, el sentimentalismo o la compasión. Su único momento de verdad, como mito, residiría en la custodia femenina del cuidado y afecto desinteresado –lamentablemente vinculado a la opresión y la renuncia de las mujeres– que precisamente los tipos autoritarios desprecian y repudian. La crisis de la familia como proveedora de seguridad material y afectiva coincide, en este sentido, con un culto mitológico de la familia, con la romantización ideológica de la autoridad paterna y la abnegación materna, auspiciada por la industria cultural y sostenida por sujetos fríos e incapacitados para la solidaridad y el amor desinteresado, además de incapaces de conciencia crítica, autonomía y reflexividad.

De su relación con el padre, el niño sólo obtiene la idea abstracta de un poder y una fuerza arbitrarios e incondicionados y busca un padre más fuerte, más

poteroso que el real, [...] como lo han producido las ideologías totalitarias. [...] Los jóvenes muestran tendencia a someterse a cualquier autoridad, sea cual fuere su contenido, siempre que ofrezca protección, satisfacción narcisista, ventajas materiales y la posibilidad de descargar sobre los demás el sadismo, en el que encuentran su encubrimiento la desorientación inconsciente y la desesperación (Adorno y Horkheimer, «Familia» 145).

Referencias

- Adorno, Theodor W. «Capitalismo tardío y sociedad industrial», 1968. *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*. Akal, 2005 pp. 330-344.
- . «El problema de la familia», 1955. *Obra completa 20, Miscelánea I*. Akal, 2005, pp. 305-312.
- . «El problema del nuevo tipo humano», 1941. *Revista Laguna*, n° 48, 2021, pp. 9-17.
- . «Individuo y organización», 1953. *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*. Akal, 2005, pp. 412-426.
- . «La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista». *Ensayos sobre la propaganda fascista. Psicoanálisis del antisemitismo*. Voces y Culturas, 2003, pp. 23-52.
- . *Minima moralia. Reflexiones sobre la vida dañada, Obra completa, 4*. Akal, 2004.
- . «Reflexiones sobre la teoría de clases», 1942. *Obra completa 8, Escritos sociológicos I*. Akal, 2005. pp. 347-364.
- Adorno, Theodor W. y Max Horkheimer. *Dialéctica de la ilustración*. Trotta, 2018.
- . «Familia», 1966. *La sociedad. Lecciones de sociología*. Proteo, 1969, pp. 130-148.
- Benjamin, Jessica. «Authority and the Family Revisited: Or, a World without Fathers?». *New German Critique, Special Feminist Issue*, n° 13, 1978, pp. 35-57.
- Brown, Heather A. *Marx on Gender and Family. A critical Study*. Historical Materialism Series, n° 39. Brill, 2012.
- Catalina Gallego, Cristina. «Lo abyecto y lo escindido. Elementos para pensar las relaciones de género desde la Crítica de la Economía Política». *Azafea: Revista de Filosofía*, n° 25, 2023, pp. 239-274.
- . «Trabajo, desposesión y sufrimiento en el capitalismo. De la crisis del mundo liberal al neoliberalismo». *Bajo Palabra*, época II, n° 33, 2023, pp. 49-80.
- Cook, Deborah. «Adorno on Mass Societies». *Journal of Social Philosophy*, vol. 32, n° 1, 2001, pp. 35-52.
- García Cherep, Paula. «Autoridad y familia: posibilidades emancipadoras de la acción femenina». *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, n° 10, 2019, pp. 135-152
- Horkheimer, Max. «Autoridad y familia», 1936. *Teoría crítica. Max Horkheimer*. Amorrortu, 2003, pp. 76-150.

- —. «Autoridad y familia en el presente», 1960. *Sociedad, razón y libertad*, editado por Jacobo Muñoz. Trotta, 2005, pp. 81-97.
- —. «El futuro del matrimonio», 1966. *Sociedad, razón y libertad*, editado por Jacobo Muñoz. Trotta, 2005, pp. 99-111.
- López Álvarez, Pablo. «Ocaso del individuo, recuerdo de lo vivo. Sujeto y naturaleza en Th. W. Adorno». *Melancolía y verdad: invitación a la lectura de Th. W. Adorno*, editado por Jacobo Muñoz. Biblioteca Nueva, 2011, pp. 33-70.
- Maiso, Jordi. *Desde la vida dañada. La teoría crítica de Theodor W. Adorno*, Siglo XX, 2022.
- Marasco, Robyn. «“Already the Effect of the Whip”: Critical Theory and the Feminine Ideal». *differences*, vol. 17, nº 1, 2016, pp. 88-115.
- —. «There’s a Fascist in the Family: Critical Theory and Antiauthoritarianism». *South Atlantic Quarterly*, vol. 117, nº 4, 2008, pp. 791-813.
- Rensmann, Lars. «The Persistence of the Authoritarian Appeal: On the Frankfurt School as a Framework for Studying Populist Actors in European Democracies». *Critical Theory and Authoritarian Populism*, editado por J. Morelock. University of Westminster Press, 2018, pp. 29-47.
- Sembler, Camilo. «La familia en la Teoría Crítica: Dominación y utopía». *Stoa. Revista del Instituto de Filosofía*, vol.11, nº 22, 2020, pp. 123-140.
- Singh, Surti. «The Wound and the Flower». *Krisis*, vol. 41, nº 2, 2021, pp. 95-97.
- Stoegner, Karin. «“Para além do Princípio de Gênero”: Horkheimer e Adorno sobre o Problema de Gênero e Identificação». *Cadernos de Filosofia Alemã: Crítica e Modernidade*, vol. 2, nº 2, 2017, pp. 135-151.
- Umrath, Barbara. «A Feminist Reading of the Frankfurt School’s Studies on Authoritarianism and Its Relevance for Understanding Authoritarian Tendencies in Germany Today». *The South Atlantic Quarterly*, vol. 117, nº 4, 2008, pp. 861-878.
- —. «Recovering the Gender Dimension of Frankfurt School Critical Theory: A Feminist Analysis». *Berlin Journal of Critical Theory*, vol. 6, nº 1, pp. 77-125.
- Zamora, José Antonio. «Individuo y sociedad en Th. W. Adorno: tensiones y mediaciones entre teoría de la sociedad y psicoanálisis». *Veritas*, vol. 63, nº 3, 2018, pp. 998-1028.
- —. «Th. W. Adorno y la aniquilación del individuo». *Isegoría*, vol. 28, 2003, pp. 231-143.
- Zaretsky, Eli. *Familia y vida personal en la sociedad capitalista*. Anagrama, 1978.